

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) INTRODUCCIÓN	1
2) EL PREGÓN PASCUAL O EXULTET.....	2
3) LA CINCUENTENA PASCUAL	3
4) LAS CATEQUESIS MISTAGÓGICAS.....	4
5) RESUMIENDO	5
6) CONCRETANDO	6
7) PRÁCTICA FAMILIAR	6
8) ANEXO: TEXTO DEL EXSULTET	6

TEMA 7. Celebrar la Pascua

1) Introducción

Vivimos en esta situación inédita de confinamiento prolongado por la pandemia que nos asola. En estas circunstancias podemos preguntarnos: ¿qué significa la celebración de la Pascua? Ya sabemos que celebrar no significa hacerlo porque toca, por una especie de automatismo temporal. Más bien toda celebración arroja una luz sobre nuestro tiempo, que nos ayuda a hacerlo nuevo, a renovar nuestra vida en sentido profundo. Los cristianos han celebrado la Pascua en situaciones históricas muy distintas. Los primeros cristianos, por ejemplo, celebraron esta fiesta con cierta frecuencia en medio de grandes persecuciones, y para ellos la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte, era algo determinante para vivir la radicalidad evangélica. Y es que el misterio pascual de Cristo pone delante de nosotros la verdadera realidad, el fundamento más sólido e inamovible de nuestra vida. ¿Cual? Afirma el apóstol San Juan en su primera epístola: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida...” (1Jn 3,14). Este es el núcleo del cristianismo. Ser cristiano es pasar de la muerte a la vida. Y para San Juan la vida es la vida eterna, la vida verdadera. Si el curso natural de nuestra vida temporal es un camino hacia la muerte, nuestra fe supone un cambio de dirección decisivo. “En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos” (1Jn 3,16).

El Apóstol de los gentiles nos exhorta de este modo a descubrir la novedad de la pascua cristiana: “Barred la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ácidos. Porque ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo. Así, pues, celebremos la Pascua, no con levadura vieja (levadura de corrupción y de maldad), sino con los panes ácidos de la sinceridad y la verdad” (1Cor 5,8). En esta invitación de san Pablo a los cristianos de Corinto a celebrar la Pascua, el Apóstol utiliza las imágenes de la levadura y el pan ácimo. La levadura (de levar, levantar) simboliza aquí la corrupción. Según el ritual judío de la fiesta de la Pascua (Ex 12),



se hacía desaparecer toda levadura que hubiera en casa, se inmolaba el cordero pascual y se comían panes sin levadura, sin fermentar. Si la levadura representa la perversidad y la maldad, el pan ácimo representa la pureza y la verdad. Este paso indica la conversión que ha tenido lugar.

La pascua era una fiesta eminentemente familiar para el pueblo judío. Era una fiesta de los nómadas o seminómadas, de pastores como se evidencia en sus ritos esenciales, celebrada de noche y anualmente. El *Targum* palestinese (traducción al arameo glosada de la Biblia hebrea) considera la noche pascual de Ex 12,42 como la síntesis ideal de las cuatro noches fundamentales de la historia santa: la de la creación, la de la vocación de Abraham, la del Éxodo y la escatológica. El *seder* (cena) de la Pascua es, sin lugar a dudas, el ritual que más recuerda un judío medio. El hecho de que éste se celebre enteramente en el hogar y el protagonismo de los niños en el mismo hacen que algunas de las más vivas memorias infantiles estén enmarcadas en esta celebración. En ella se estimula la creatividad. Ésta permite a cada familia apropiarse aún más de la celebración y darle esos pequeños toques que les hacen vivir más intensamente la festividad y hacer del *seder* anual un recuerdo inolvidable. El ingenio es estimulado también como un hecho pedagógico, y la irrupción de ciertas novedades despierta la curiosidad en los niños, quienes se sienten más estimulados a preguntar y a participar. El *seder* es una celebración llena de detalles y abundante en símbolos; como dicen algunos: “La mesa pascual es un altar, un aula de clase y un teatro, así como un lugar para comer.”

La primera comunidad cristiana se sentía llamada a reunirse para partir el pan y hacer memoria de la Cena del Señor. Para ello, se dispusieron en las casas de algunas familias espacios para el encuentro y el compartir comunitario. Estos espacios se conocieron con el nombre de *domus Ecclesiae* y las asambleas que allí se realizaban como *Ecclesia domestica* (en griego: *Kat' oikon ekklesia*). El libro de Hechos de los Apóstoles habla de estos encuentros y de la casa de Lidia, la vendedora de púrpura (*Hch* 16,11-15) quien acogió a Pablo. En la carta a los Romanos y en la primera Carta de Corintios se habla de la comunidad que se reúne en la casa de Aquila y Prisca, también de la casa de Gayo (*Hch* 2,42; *Hch* 2, 46-47; *Hch* 16, 14-15; *Rm* 16, 3-5; *1Cor* 1,14; *1Cor* 16,19; *Col* 4,15 y *Flm* 2).

La novedad de la Pascua cristiana está centrada en la Eucaristía y en el Resurrección de Cristo. Ambas son inseparables y suponen un verdadero acontecimiento. En la modernidad va a surgir con fuerza un modo de participar en la Eucaristía donde lo fundamental es la experiencia emotiva que suscita, y no lo que realmente sucede en ella. Así, la superación del emotivismo es la cuestión más importante para la pastoral de la Iglesia en la actualidad.

2) El pregón pascual o Exultet

Si como vimos en el tema de febrero, la Cuaresma se inauguraba con el rito de la imposición de la ceniza, la Pascua se inaugura con el lucernario, la procesión hacia la Iglesia, y el canto del pregón pascual.

Este pregón, conocido como el *Exultet*, -por ser la palabra latina con la que se inicia-, es uno de los himnos más antiguos de la tradición litúrgica romana. Existen testimonios de su existencia desde fines del siglo IV. Poco se sabe del autor, si bien en el pasado era común atribuirlo a San Agustín. Se canta con tono de prefacio integralmente la noche de Pascua, en la solemnidad de la Vigilia pascual por un



diácono, el propio sacerdote celebrante o por un cantor seglar. El canto va recorriendo los prodigios cumplidos en la historia de la salvación que alcanza su culmen en la Resurrección de Cristo.

Este gran himno nos recuerda que el cirio pascual se debe principalmente a la labor de las abejas. De hecho, en los antiguos libros litúrgicos a este himno se le conocía también como *Laus apium* (alabanza de las abejas) por la evidente conexión con la materia de la que está hecha esta lámpara pascual. Se insinúa así algo muy hermoso y verdadero, que toda la creación entra en juego en el misterio pascual. En el cirio, la creación se convierte en portadora de luz. Se nos revela así la promesa del cosmos, que aun doliente y gemebundo, es mediador de la salvación. Para los Padres de la Iglesia, en el cirio también hay una referencia implícita a la Iglesia. La cooperación de la comunidad viva de los fieles en la Iglesia es algo parecido al trabajo de las abejas. Se construye la comunidad de la luz, para que la luz de Cristo pueda iluminar al mundo. Podríamos alargar esta alusión de los Padres a las familias de hoy, como auténticas Iglesias en miniatura.

Inspirándose en *Col 2,14*, el *Exultet* subraya el valor redentor de la sangre de Cristo: “derramando su Sangre, canceló el recibo, del antiguo pecado” (primero el de Adán y después todos los pecados de la humanidad). La liberación por la sangre despierta en el autor la memoria de la pascua judía que tiene su continuidad y su superación en la Pascua cristiana, es decir, en “el verdadero Cordero, cuya sangre consagra las puertas de los fieles”. A continuación se rememora la salida de Egipto, el paso del mar Rojo, bajo la protección de la columna de fuego, para hacer una prolongación hasta la liberación de los “que confiesan su fe en Cristo”, para anunciar a continuación la resurrección del Señor. Tras una profunda reflexión teológica, el canto retorna como sobre un tema musical, a la resurrección de Cristo, al gozo íntimo del Resucitado, y a la resurrección de la humanidad. Así, del Antiguo testamento, se pasa al Nuevo y de este a la vida de la Iglesia, que nos alcanza a todos y cada uno en primera persona.

Así comenta el Catecismo de la Iglesia Católica, n. 647, una de las bellas expresiones del pregón pascual: “¡Qué noche tan dichosa, canta el 'Exultet' de Pascua, sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos!”. En efecto, nadie fue testigo ocular del acontecimiento mismo de la Resurrección y ningún evangelista lo describe. Nadie puede decir cómo sucedió físicamente. Menos aún, su esencia más íntima, el paso a otra vida, fue perceptible a los sentidos. Acontecimiento histórico demostrable por la señal del sepulcro vacío y por la realidad de los encuentros de los apóstoles con Cristo resucitado, no por ello la Resurrección pertenece menos al centro del Misterio de la fe en aquello que trasciende y sobrepasa a la historia. Por eso, Cristo resucitado no se manifiesta al mundo (cf. *Jn 14, 22*) sino a sus discípulos, “a los que habían subido con él desde Galilea a Jerusalén y que ahora son testigos suyos ante el pueblo” (*Hch 13, 31*”).

Con el canto solemne del *Exsultet*, la Iglesia comienza a celebrar la Vigilia Pascual en la que se renueva profundamente a la luz de Cristo Resucitado, su vocación y su misión en el mundo.

3) La cincuentena pascual

La resurrección de Cristo no es fruto de una especulación, de una experiencia mística. Es un acontecimiento que sobrepasa ciertamente la historia, pero que



sucede en un momento preciso de la historia dejando en ella una huella indeleble. La luz que deslumbró a los guardias encargados de vigilar el sepulcro de Jesús ha atravesado el tiempo y el espacio. Es una luz diferente, divina, que ha roto las tinieblas de la muerte y ha traído al mundo el esplendor de Dios, el esplendor de la Verdad y del Bien. Así como en primavera los rayos del sol hacen brotar y abrir las yemas en las ramas de los árboles, así también la irradiación que surge de la resurrección de Cristo da fuerza y significado a toda esperanza humana, a toda expectativa, deseo, proyecto.

Con la Vigilia pascual comienza la cincuentena o tiempo pascual que se prolonga hasta Pentecostés. Siendo la fiesta más importante de la liturgia, la pascua se celebra así durante 50 días seguidos, desde el domingo de Pascua hasta la solemnidad de Pentecostés. Los primeros ocho días de la pascua constituyen la octava y se celebran como solemnidades del Señor. El agua bendecida en la Vigilia pascual se usa para los bautismos en toda la temporada de pascua. En el día 40 de la pascua se celebra la Ascensión del Señor y los 9 días de la Ascensión a Pentecostés (la novena original) son días de intensa preparación para la venida del Espíritu Santo. La duración de la fiesta nos enseña que necesitamos tiempo para asimilar, profundizar, hacer nuestro verdaderamente el acontecimiento de Cristo. Así, no se trata de recibir por decirlo así un fogonazo, sino de aprender a vivir el tiempo desde el tiempo pleno del Resucitado.

De este modo, el tiempo pascual (*kairós*) ha de ser para nuestras familias la ocasión propicia para redescubrir con alegría y entusiasmo las fuentes de la fe, la presencia del Resucitado entre nosotros. Se trata de realizar el mismo itinerario que Jesús hizo seguir a los dos discípulos de Emaús, a través del redescubrimiento de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, es decir, caminar con el Señor y dejarse abrir los ojos al verdadero sentido de la Escritura y a su presencia al partir el pan. El culmen de este camino, entonces como hoy, es la Comunión eucarística: en la Comunión Jesús nos alimenta con su Cuerpo y su Sangre, para estar presente en nuestra vida, para renovarnos, animados por el poder del Espíritu Santo.

En conclusión, la experiencia de los discípulos nos invita a reflexionar sobre el sentido de la Pascua para nosotros. Dejémonos encontrar por Jesús resucitado. Él, vivo y verdadero, siempre está presente en medio de nosotros; camina con nosotros para guiar nuestra vida, para abrirnos los ojos. Confíemos en el Resucitado, que tiene el poder de dar la vida, de hacernos renacer como hijos de Dios, capaces de creer y de amar. La fe en él transforma nuestra vida: la libra del miedo, le da una firme esperanza, la hace animada por lo que da pleno sentido a la existencia, el amor de Dios.

4) Las catequesis mistagógicas

Por último, otro ingrediente de la fiesta de Pascua es la catequesis llamadas desde antiguo mistagógicas. Etimológicamente “mistagogía” significa iniciación o introducción al misterio. Se trata de una palabra compuesta del sustantivo griego *mysterion* (oculto, secreto, arcano) y del verbo *ago* (acción de conducir, guiar, inducir). De este modo, el *agogós* es un guía que conduce y acompaña. El *mystagogós* (mistagogo) es aquella persona que inicia, introduce, acompaña y educa en los misterios sagrados. La mistagogía se estructura así en cuatro componentes fundamentales: a) el *mistagogo* o iniciador en los misterios, b) el *misterio* como contenido de la misma, c) el *mystés* o sujeto que es iniciado en los



misterios, y d) la *pedagogía* iniciática como método de enseñanza. Vosotros como padres de familias sois los mistagogos de vuestros hijos en la vida cotidiana.

La mistagogia, por un lado, era una práctica habitual en las religiones místicas; por otro, encuentra sus raíces en la revelación bíblica, en la tradición de explicar el sentido del rito de la fiesta de la Pascua remitiendo al evento salvador de Dios en la historia (*Ex 12,26-27*), asumido por el propio Jesús en la Última Cena, sea en las palabras sobre el pan y el cáliz, sea a partir del gesto del lavatorio.

Según Raniero Cantalamessa, la tradición pascual se ha desarrollado en dos tradiciones distintas tanto en el judaísmo rabínico como en el cristianismo naciente: a) una más mistagógica, representada por el judaísmo palestinese o por la homilía *Sobre la Pascua (Peri Pascha)* de Melitón de Sardes, que invita a participar a través del rito en el acontecimiento salvador de la Pascua; b) otra más simbólico-alegórica, representada por Filón en el judaísmo de la diáspora y Orígenes en el cristianismo, que acentúa el paso de lo histórico a lo ético, de lo terreno a lo eterno, más centrado en el hombre.

La mistagogia como género literario propio en catequesis y homilías es un fenómeno limitado en el tiempo (desde finales del siglo IV) y en el espacio (algunas Iglesias y determinados autores). San Ambrosio de Milán, San Cirilo de Jerusalén, Teodoro de Mopsuestia, San Juan Crisóstomo y alguno sermones de San Agustín, son los autores más destacados. Lo que tienen en común todas estas obras es un proyecto organizado de explicación que tiene por objeto los sacramentos de la iniciación cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía), por destinatarios los neófitos o los fieles de la comunidad, y por método la tipología bíblica aplicada a la explicación de los sacramentos. Para San Ambrosio, la mistagogia es el tiempo para conocer la lógica de los sacramentos (la "*ratio sacramentorum*") que introduzca a los que acaban de recibirlos en el sentido salvador de los misterios celebrados. Se trata de una instrucción diligente para conocer la significación, de qué eran símbolo los ritos recibidos tanto personal como comunitariamente en la Vigilia pascual. Se trata no tanto de una instrucción puramente teórica sino transformadora: el conocimiento de la salvación celebrada nos hace partícipes de la salvación misma. Se trata, por consiguiente, de realizar una síntesis singular entre verdad y vida a través de los ritos sacramentales.

Hoy necesitamos redescubrir y practicar esta modalidad de catequesis. Se trata de vivir no solamente hacia los sacramentos, sino también desde los sacramentos, para generar el sujeto cristiano que crece y madura con ellos.

5) Resumiendo

El tiempo de Pascua que tiene su origen en el triduo pascual es el corazón de la vida litúrgica de la Iglesia. Es el tiempo gozoso y celebrativo por excelencia, pues está presidido por la alegría de la Resurrección de Cristo.

Se trata de un tiempo pleno, marcado por un fuerte carácter sacramental, sobre todo por los sacramentos de la iniciación cristiana. El canto del pregón pascual acompaña a la Iglesia, que es invitada a cuidar singularmente el canto de alabanza y acción de gracias por Cristo resucitado.

Es tiempo de celebrar en familia y con otras familias, de conocer mejor a Cristo movidos por la fuerza del Espíritu, y de cultivar las catequesis mistagógicas, para que la pascua nos introduzca progresivamente desde los misterios de la vida



de Cristo hasta el Misterio por antonomasia que es el mismo Cristo muerto y resucitado.

Tiempo también propicio para aprender a estar y orar con María, aunque en este aspecto abundaremos más en el tema del próximo mes.

6) **Concretando**

1. ¿Qué diferencias y semejanzas encuentras entre la celebración de la pascua judía y la cristiana?
2. ¿Qué elementos del pregón pascual te han llamado más la atención?
3. ¿Cómo vas a vivir esta cincuentena pascual en tu matrimonio, en tu familia y con otras familias?
4. ¿Qué prácticas de catequesis mistagógicas te parecen más adecuadas para tu familia?

7) **Práctica familiar**

Durante este curso la propuesta de práctica tiene relación con las celebraciones familiares. Cada trimestre haremos una sugerencia, buscando enriquecer la tradición familiar con algún rito nuevo, más cuidado y esmero de algunos detalles.

Tercer trimestre: Celebrar los domingos con un bendición singular de la mesa (*berakah*), la práctica de la escucha del Evangelio en familia (*ruminatio*) y una comida o cena más cuidada.

8) **Anexo: texto del Exsultet**

Exulten por fin los coros de los ángeles,
Exulten las jerarquías del cielo,
y por la victoria de rey tan poderoso
que las trompetas anuncien la salvación.

Goce también la tierra, inundada de tanta
claridad,
y que, radiante con el fulgor del Rey
eterno,
se sienta libre de la tiniebla,
que cubría el orbe entero.

Alégrese también nuestra madre la
Iglesia,
revestida de luz tan brillante;
resuene este templo
con las aclamaciones del pueblo.

Por eso, queridos hermanos,
que asistís a la admirable claridad de esta
luz santa,
invocad conmigo la misericordia de Dios
Omnipotente,
para que aquel que, sin mérito mío,

me agregó al número de los Diáconos,
completen mi alabanza a este cirio,
infundiendo el resplandor de su luz.

El Señor esté con vosotros.
Y con tu espíritu.
Levantemos el corazón.

Lo tenemos levantado hacia el Señor.
Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
Es justo y necesario.

Realmente es justo y necesario
aclamar con nuestras voces
y con todo el afecto del corazón
a Dios invisible, el Padre Todopoderoso,
y a su único Hijo, Nuestro Señor
Jesucristo.

Porque Él ha pagado por nosotros al
Eterno Padre
la deuda de Adán
y, derramando su Sangre, canceló el
recibo,
del antiguo pecado.

Porque éstas son las fiestas de Pascua
en las que se inmola el verdadero



Cordero,
cuya Sangre consagra las puertas de los fieles.

Esta es la noche en que sacaste de Egipto,
a los israelitas, nuestros padres,
y los hiciste pasar a pie el Mar Rojo.

Esta es la noche en que la columna de fuego
esclareció las tinieblas del pecado.

Esta es la noche
en la que por toda la tierra,
los que confiesan su fe en Cristo, son
arrancados
de los vicios del mundo
y de la oscuridad del pecado,
son restituidos a la gracia
y son agregados a los santos.

Esta es la noche en que,
rotas las cadenas de la muerte,
Cristo asciende victorioso del abismo.
¿De qué nos serviría haber nacido
si no hubiéramos sido rescatados?

¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros!
¡Qué incomparable ternura y caridad!
¡Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo!

Necesario fue el pecado de Adán,
que ha sido borrado por la muerte de Cristo.
¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!

¡Qué noche tan dichosa!
Sólo ella conoció el momento
en que Cristo resucitó del abismo.

Esta es la noche de que estaba escrito:
«Será la noche clara como el día,
la noche iluminada por mi gozo.»
Y así, esta noche santa

ahuyenta los pecados,
lava las culpas,
devuelve la inocencia a los caídos,
la alegría a los tristes,
expulsa el odio,
trae la concordia,
doblega a los potentes.

En esta noche de gracia,
acepta, Padre Santo,
el sacrificio vespertino de esta llama,
que la Santa Iglesia te ofrece
en la solemne ofrenda de este cirio,
obra de las abejas.

Sabemos ya lo que anuncia esta columna
de fuego,
ardiendo en llama viva para gloria de Dios.
Y aunque distribuye su luz,
no mengua al repartirla,
porque se alimenta de cera fundida,
que elaboró la abeja fecunda
para hacer esta lámpara preciosa.

¡Qué noche tan dichosa
en que se une el cielo con la tierra,
lo humano con lo divino!

Te rogamos, Señor, que este cirio,
consagrado a tu nombre,
para destruir la oscuridad de esta noche,
arda sin apagarse
y, aceptado como perfume,
se asocie a las lumbreras del cielo.

Que el lucero matutino lo encuentre
ardiendo,
Oh lucero que no conoce ocaso y es
Cristo,
tu Hijo resucitado,
que volviendo del abismo,
brilla sereno para el linaje humano,
y vive y reina por los siglos de los siglos.

Amén